

Colombia en primer plano

A Colombia la pensó -la creó, como quien dice- un hombre ilustre: Francisco Miranda. El famosísimo Precursor de la Independencia. Fue él, justamente, quien vio todos nuestros países como uno solo con tan justiciero nombre. Este, en verdad, no ha debido ser otro. Con él se le habría hecho al descubridor el homenaje que nos merece. Sólo que Miranda, claro está, no pudo superar su destino personal de Precursor. El nombre quedó, pues, en el aire. Como una lección y cómo una posibilidad.

Vendría otro que le daría realidad a la nominación. Este fue el Padre de la Patria. El Libertador, compenetrado con la lección de Miranda, se propuso, como culminación de su obra, consolidarla bajo aquel nombre. No se conformó con llamarla Colombia. Fue mucho más lejos. La llamó Gran Colombia. Y, si es cierto, también, que no alcanzó jurisdiccionalmente todo el continente, al menos satisfizo la zona septentrional. Aquella que integraron Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Estos tres países, en hora crucial, se desintegraron. Y fue el Congreso Nacional, ya bien andada la república, el que volvió por la memoria de Colón, por la lección de Miranda, por los ideales del Libertador. Desde entonces, fue por fin, Colombia. Triunfaban, de esta manera nuestros dos próceres máximos. Y quedaba cancelada, en forma definitiva, la primera palabra del fundador del gran país suramericano. La palabra de Don Gonzalo Jiménez de Quesada.

Lo que hizo, respecto del nombre, el Congreso Nacional de Bogotá fue serle fiel, absolutamente fiel, al espíritu neogranadino más legítimo. ¿Cómo así?. Colombia, desde el primer instante de la historia, ha tenido destino humanístico. No podemos, dentro de la dimensión de un artículo, irnos muy lejos. Sin embargo, recordemos dos elementos de juicio singulares. En el ámbito hispanoamericano, Colombia es la única patria que, a la hora de la conquista y de la fundación, fue puesta en marcha por un humanista. Este humanista, que abre el desfile del humanismo nacional, es Don Gonzalo Jiménez de Quesada.

Jiménez de Quesada fundó, en un dos por tres, el país neogranadino. Y, como buen caballero de su tiempo clásico, colgó la espada con que pasó a nuestra historia. Y, para pasar a esta doblemente, descolgó la pluma. Y no se dio punto de reposo. Nos legó los muy gratos "Ratos de Suesca"; y el "Compendio Historial"; y el muy comentado "Antijovio"; y la "Relación de la Conquista del Nuevo Reino de Granada", etc. Y nos legó algo más: algo en que la gente ha reparado bien poco. Nos abrió el camino de la poesía con su solo nombre. Este es un endecasílabo perfecto: Don Gonzalo Jiménez de Quesada. Recordemos que, detrás de semejante endecasílabo, se desató, con sus "Elegías de Varones Ilustres de Indias" Juan de Castellanos.

Estos dos caballeros nos recuerdan, sin apelación a Garcilaso. Como éste, ellos también entraron en la gloria "tomando ora la espada, ora la pluma". Uno y otro enrumbaron el humanismo de Colombia. Lo enrumbaron tan bien, pero tan bien, que a Colombia pretendió venir el autor de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha"; que a Colombia llegaron, entrando por Cartagena, los primeros cien ejemplares de la inmortal novela que pisaron tierra americana y que en los aledaños de Popayán, según entrañable leyenda, está enterrado el denodado manchego que nos creó a Dulcinea.

De Castellanos, como quien dice, podemos saltar, ya no al país en seco, sino a la República. Esta, desmembrada la Gran Colombia, fue fundada por otro humanista. Otro humanista que; tal como los dos ya mentados, manejó por igual la espada -es prócer de la Independencia- y la pluma -es prócer de las letras nacionales-. Hablamos de Don Francisco de Paula Santander. ¿Leyó él, a buenos ratos, a Castellanos?. ¿Frecuentó, del mismo modo, la obra de Jiménez de Quesada?. Todo hace pensar que sí. La garra humanista se le ve en todo: en la carta y en el discurso, en la arenga y en el mensaje oficial, en el artículo y en el ensayo. Todo esto salta a la vista, para todos los lectores, en "El General Simón Bolívar en la Campaña de la Nueva Granada en 1819". ¿No están aquí las huellas ejemplares de Jiménez de Quesada y de Castellanos? El humanismo del Padre de la República, como el

del Fundador de la Patria también pende, curiosamente de un endecasílabo inolvidable: es el que nos dice, sin más ni más, Don Francisco de Paula Santander.

Santander ratifica a Jiménez de Quesada, pues. Y es ratificado, a su vez, por los demás humanistas que han desfilado por el Solio de Bolívar en la cima bogotana. Un Tomás Cipriano de Mosquera y un Manuel Murillo Toro; un Salvador Camacho Roldán y un Santiago Pérez; un Rafael Núñez y un Marco Fidel Suárez; un Miguel Antonio Caro y un Eduardo Santos, un Alberto Lleras Camargo y un Belisario Betancur, etc.

Y, a propósito del humanismo, Colombia ha sido, en tan señalada materia, el país rector del continente. En ninguna parte de Hispanoamérica se habla mejor, se escribe mejor, se tiene más preciso el espíritu de la lengua que nos diseñó Cervantes. Bogotá ha sido reconocida como la Atenas del Continente. Esto es cierto. Allí ha culminado la obra de los grandes escritores nacionales, como Isaacs y como Lozano y Lozano; de los grandes poetas, como Barba Jacob y León de Greiff, de los grandes historiadores, corrió Restrepo y Arciniegas.

El solo nombre, en fin, de nuestra gran patria parece suficiente. Entraña un acto supremo de justicia: nos refiere al prócer del Descubrimiento. Entraña, en su más expresivo fondo, una metáfora perfecta: la que salió de la sensibilidad unitarista de Miranda, más tarde perfeccionada por Bolívar; y bien promediado el siglo XIX, consolidada por el Congreso Nacional. Colombia, en suma, es un acierto desde la nominación hasta el alma colectiva; desde la localización geográfica que mira do\$ horizontes marinos; hasta los infinitos elementos con que echa adelante su propio desarrollo. La crisis presente, que tanto preocupa a todos, no echará por tierra su fortaleza. Colombia se superará a sí misma. A fuerza de valor; a fuerza de ejemplaridad; a fuerza de proyección espiritual sobre el resto del mundo hispanoamericano. Esta es su lección y no otra es su gloria.